

Obra: “*EL MORALES*”

Autor : Santiago Serrano

El siguiente texto esta registrado en el Registro de la Propiedad Intelectual de la República Argentina y en ARGENTORES. Es obligatorio que se solicite permiso para su puesta en escena. De no hacerlo se hará pasible de acciones legales.
santiagoms_2000@yahoo.com

Obra seleccionada para el Ciclo de Teatroxlaidentidad

La obra transcurre en distintos ámbitos y se desarrolla en el período histórico que va de 1886 a 1924. Rosario Burgos es el único personaje real ya que los otros son fruto de su memoria o fantasía. Los personajes aparecen y desaparecen del escenario de la misma forma que los recuerdos se nos imponen o nos abandonan.

Personajes

Rosario Burgos

Padre Julián

Namuncurá

General Julio A. Roca

Asesor

Padre Pablo

El gringo

El gordo

El pecoso

Coro

El Coro cumple una función no sólo musical sino fundamentalmente dramática. Durante el desarrollo de la obra sus integrantes representan al pueblo mapuche, a soldados, a escolares, etc.

Con relación a la música que se interpreta no se trata de melodías identificables. Su objetivo es profundizar los distintos climas dramáticos de la obra.

Se abre el telón. En escena se ve entre penumbras una gran cantidad de hombres y mujeres. Cantan una canción ceremonial mapuche. Rosario Burgos cruza la escena lentamente. Es una mujer anciana. Se sienta sobre un pequeño tronco. Saca una pequeña bolsita con tierra. Hace correr la arenilla de mano a mano. La música rejuvenece a la mujer. El recuerdo la invade. El canto se vuelve casi susurro.

Rosario: Cuando llueve me florecen los pechos. Broto. Broto sobre la pampa infinita. Entonces la tierra de abajo vuelve a estar en contacto con la de arriba, la de nuestros muertos. Ya no hay fronteras. De océano a océano florece la eterna Araucanía: cuna de los Mapuches. Gente de la tierra. Apoyando la cabeza en la tierra húmeda puedo escuchar las pisadas de miles de potros y el grito de Calfulcurá, cacique general de las pampas, ordenando que sólo la guerra contra el winka invasor nos da respeto y dignidad. **(Se levanta)** ¡Somos porque los enfrentamos! **(Camina hacia un hombre que está de espaldas)** Namuncurá, su sucesor y el padre de mis hijos parecía saberlo... No sé que es lo que hace que un hombre doble su brazo y contradiga su palabra. Sólo se trataba de seguir por el camino marcado por los mayores. Algo nos sacó del camino y no fue precisamente el viento.**(Ingresa el General Roca. Hace posición de firme. Todos los mapuches se ubican en el fondo del escenario haciendo una larga fila. Solo queda Namuncurá en un costado de la escena. Dos sacerdotes ingresan y comienzan a bautizarlos. Rosario mira como hipnotizada hasta que va rápidamente hacia su hijo que**

está escondido detrás de unos arbustos fuera de escena) Morales, quietito. Se queda ahí, mi hijo. Si no lo ven se irán. Quietito...

Desde la sombra aparece la silueta del Padre Julián. Es un hombre de mediana edad. Se acerca rápidamente hacia ella. Al verlo Rosario intenta escapar.

Padre Julián: ¡Alto! **(Rosario se paraliza)** Tranquila. No tema. No quiero hacerle ningún daño. Es simplemente una bendición. Un encuentro divino. Dios es inconmensurable en su bondad. **(Durante esta escena se ve como los mapuches son bautizados y uno a uno van saliendo de escena luego de depositar amuletos y elementos de su antigua religión en una vasija.)**

Rosario: No tengo miedo.

Padre Julián: Es necesario que me escuche. Soy simplemente un predicador de la palabra del señor. **(Lee)** Escuche : “Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo invocarán a Aquél en quien no han creído? ¿Cómo creerán en Aquél a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?” Esto lo dice el apóstol Pablo en ...

Rosario: El río está revuelto, ha llovido en las cumbres. Hoy no habrá buena pesca.

Padre Julián: ¿Qué dice? ¿No me escucha?

Rosario: Perdona, pero el río me estaba avisando que no comeremos pescado.

Padre Julián : (Molesto) ¿Dónde está el niño? (Lo busca. Encuentra un pequeño pantalón y una camisa en el piso. Levanta y mira las prendas)

Rosario: No lo he visto.

Padre Julián: “Dejad que los niños vengan a mi, de ellos es el reino de Dios”;
San Marcos.

Rosario: Se habrá escondido. Siempre lo hace cuando desconfía de alguien.

Padre Julián: ¿Qué edad tiene?

Rosario: Dos años. Nació el 26 de agosto de 1886.

Padre Julián: Es casi un hombrecito. Ya es tiempo que se encuentre con Dios.

Rosario: Si él quiere lo hará cuando crezca.

Padre Julián: El Señor está sediento de su pureza. Cuando haya perdido la inocencia ya nada será igual. Ahora es el momento. (Esconde subrepticamente las ropas del niño en una bolsa que lleva en bandolera)

Rosario: Ngenechen, nuestro Dios, lo protege.

Padre Julián: ¿Dónde está? Es sólo un momento. Es un rito de amor. Usted ha sido bautizada, ¿no es cierto?.

Rosario: Lo fui. Hace tanto tiempo que no me acuerdo. Su Dios no me ha dado más que palabras. Ya no soy cristiana. Renuncié a serlo. Yo sólo creo en lo que cree mi hombre. ¿Ese libro que tiene ahí no dice acaso que hay que seguir a quien se ama?. “Donde vayas, allí estaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios” Lo dice Ruth ahí mismo.

Padre Julián: Veo que usted sólo recuerda lo que quiere.

Rosario: Usted fue el que quiso hablar conmigo.

Padre Julián: El padre me autorizó a bautizarlo. Dígame donde está. O le diré a Namuncurá para que él mismo lo busque.

Rosario: Si él lo autorizó... Está ahí detrás de esos árboles.

Padre Julián: Venga conmigo. Acompáñelo en este momento.

Rosario: Vaya usted solo.

Padre Julián: (Saca un libro pequeño) ¿Veinticinco de agosto, dijo? Ese día es San Nemesio en el santoral.

Rosario: (Molesta) ¡Veintiséis de agosto!

Padre Julián: Veintiséis... Santa Teresa, no... Ya esta, Ceferino Papa. Ceferino, un hermoso nombre para el niño.

Rosario: Ya tiene nombre. Su padre lo llamó Morales.

Padre Julián: Sólo se aceptan nombres cristianos. ¿Qué es renunciar a un nombre si se encuentra la redención divina?. Ceferino Namuncurá es un bello nombre. (**Desaparece lentamente**)

Rosario: Morales... Se llama Morales. Se llama Morales...

El último mapuche ha terminado de salir. El sacerdote, que ha estado bautizando, antes de desaparecer enciende fuego en la vasija donde depositaron los objetos tribales. En el escenario sólo queda Rosario y Namuncurá, que ha permanecido inmóvil y de espaldas al público. La mujer se le acerca. Hace un gesto como para golpearlo. Se aleja.)

Rosario: (Recordando lo que escuchó decir a su marido) Seguís gruñendo. Sé muy bien lo que hago. Son gestos de buena voluntad.

Namuncurá: (Gira y mira a Rosario. Es un anciano aún vital. Camina por el escenario. Rosario lo ve venir y le da la espalda.) Seguís gruñendo. Sé muy bien lo que hago. Son gestos de buena voluntad. (Rosario murmura) Ya te dije que no murmurés. No me gusta cuando rumiás como una vaca. Decime lo que tengas que decir o callate de una vez. Mirá que mujeres son lo que me sobran.

Rosario: El ya tiene un nombre. Usted mismo se lo puso.

Namuncurá: Hay que saber negociar. Si este gesto nos trae la amistad de los curas y sus buenos oficios, bienvenido sea el nuevo nombre. Vamos a tener raciones para bastante tiempo. Roca sabe reconocer estas acciones.

Rosario: Van a venir por más. Siempre lo hacen. El Morales tenía un buen nombre.

Namuncurá: Qué importa un nombre, carajo. Ya no lo llamés así. Y basta.

Rosario: Los winkas piden siempre más y más... Y ahora que nos ven débiles nada los va a detener. No negocie con ellos. ¿Porqué no nos vamos rumbo al sur?. Hay tanta tierra. Es mejor resistir a entrar en sus juegos. Ya ni siquiera respetan nuestras creencias.

Namuncurá: Que sabrás vos.

Rosario: Si no me quiere escuchar a mí, escuche a sus hermanos. Ellos no están de acuerdo con todo esto. Ellos creen que mientras los enfrentemos y nos mantengamos unidos, los cristianos nos respetarán.

Namuncurá: Roca me respeta. Me prometió que si me rindo él me hará todos los honores. Me recibirá en Buenos Aires. Iremos vos y yo. ¿Te conté lo bonita que es esa ciudad?. A las casas no hay viento que las tumbe. Esta tierra y varias leguas a caballo hacia los cuatro rumbos serán nuestras. Él mismo firmará las escrituras. Seremos dueños como las leyes mandan.

Rosario: Antes teníamos toda la tierra. Éramos mapuches. Usted me enseñó qué quería decir “gente de la tierra”. Si aceptamos lo que nos dan renunciamos a todo lo que nos corresponde por derecho propio. No nos dan un pedazo de tierra por generosos, lo hacen sólo para tenernos controlados.

Namuncurá: ¡Callate! Dejé de hablar de lo que no sabés. Ni siquiera sos una de las nuestras. Sos una mestiza cautiva a la que yo me llevé a la cama y le hice el honor de darle hijos. Sos tan winka como esos.

Rosario: Por eso hablo. Los conozco. Fui una de ellos. Conozco sus trampas y agachadas. He vivido con los cristianos. ¿Quién mejor que yo para saberlo?. El Morales tenía un buen nombre. El que usted le eligió. Todos lo conocen así.

Namuncurá: Mi hijo me respeta y sabe que si hice ese renuncio fue por el bien de todos. Tenemos necesidades.

Rosario: ¿Y la dignidad?.

Namuncurá: (La sacude) ¿No te vas a callar nunca?.

Rosario: Lo amé por su dignidad, por su entereza. Cuando nos detuvieron los winkas después de la derrota, yo elegí quedarme con usted. Pude irme con ellos, arrodillarme y pedir clemencia. Yo me aferré entre sus piernas y nadie pudo separarme de su lado.

Namuncurá: No tenías otra salida. No mientas. Una cautiva no puede volver atrás. Ellos hablan de las víctimas, de las vírgenes tomadas como cautivas, pero una vez que el indio las tocó, ya nadie les abriría las puertas de sus blancas casas.

Rosario: Tiene razón. Ya no soy de allá. Ni tampoco soy una de las suyas. No pertenezco a ningún lugar. **(Se sienta en el piso cerca de proscenio)**

Namuncurá: Entonces lo mejor es que te callés. Sé muy bien lo que hago. Yo he negociado con Urquiza, con Rosas, con Alsina, con Roca... He tenido a mi mando a más de quince mil hombres. No voy a saber lo que tenemos que hacer. ¿Que podés saber vos que yo no sepa?. **(Sale de escena)**

Rosario: **(Se recuesta lentamente)** Tenía un buen nombre. A él le gustaba. Usted se lo puso. Cuando se pierde el nombre ya es imposible detener el perderlo todo. **(Queda dormida)**

Por ambos lados del escenario ingresan dos hileras de personas marchando. Cuando están formados en una sola fila en el fondo del escenario despliegan cada uno una banderita argentina que hacen flamear. Todos sonríen de forma estereotipada. Comienzan a cantar una marcha militar. El General Roca y su asesor ingresan sobre un carro arrastrado por varios hombres. Ubican el carro en el medio del escenario como si fuera una tribuna de un acto político. El asesor hace que todos viven al general.

Roca : **(Grandilocuente)** Mire estimado amigo. Mire a los cuatro rumbos. Tierra infinita. Tierra que espera manos que la hagan producir. La inmigración traerá brazos fuertes. Todo esto se llenará de gente que quiera trabajar la tierra.

Asesor: Para eso hay que dejarla libre de peligros, Roca.

Roca: Sellaremos con sangre y fundiremos con el sable, de una vez y para siempre, esta nacionalidad argentina, que tiene que formarse como todos los imperios, a costa de sangre y sudor de muchas

generaciones. **(El asesor hace que todos aplaudan)** Alsina hizo un trabajo de hormiga. ¿Qué son cincuenta mil kilómetros arrancados a los infieles cuando hay esta tierra infinita que nos espera para colonizarla.?

Asesor: Los paños fríos sólo postergan las grandes decisiones.

Roca: La última decisión que tomó fue construir un zanjón que atravesara la patria de este a oeste para evitar que los malones se lleven a tierra india el ganado robado. **(El asesor hace que todos se rían)** El zanjón y reconocer que la tierra les pertenece a esos salvajes, es lo mismo. Yo estoy dispuesto a acabar con este tira y afloje. Contamos con seis mil hombres armados con las mejores armas. Ellos son sólo dos mil y no tienen otra defensa que la dispersión ni otra arma que la lanza primitiva.

Asesor: Estoy de acuerdo con el uso de la fuerza pero eso no es suficiente en este caso, si me permite que lo aconseje. **(Baja del carro)**

Roca: Por supuesto. Lo he mandado a llamar justamente para eso.

Asesor: **(Se acerca a Rosario que sigue dormida en el piso)** Los salvajes han demostrado una rara virtud en estos tiempos. Son dóciles y disciplinados con sus caciques. No me parece necesario por ello, extinguirlos totalmente. Sería mejor usufructuar esa virtud. Sólo habría que atacar filosamente eso que ellos llaman tribu. Romper esos lazos que los unen. Cuando solamente sean individuos aislados y disgregados todo será infinitamente más sencillo. Los adultos responderán con trabajo al látigo del capataz. Seguramente las

mujeres servirán con gran esmero por un plato de comida en las casas de posición. Con los niños será aún más fácil. Son almas tiernas que alejadas de la simiente oscura aprenderán a respetar a Dios y a las leyes de los hombres. Sólo se trata de escribir sobre esas hojas en blanco una nueva historia. Todas las familias de bien querrán contar bajo su servicio a uno de esos niños rescatados del infierno. **(Hace que todos lo aplaudan)**

Roca: (Baja del carro) Es criterioso lo que dice. ¿Pero cómo implementarlo? Yo sólo sé de armas y de soldados. No sé como llevar a cabo toda esa estrategia.

Asesor: (Tomando la espada que lleva Roca en su cintura) Querido amigo, si me permite llamarlo así. En toda guerra que puede llamarse santa siempre han marchado unidas la espada y la cruz. **(Desciende una enorme cruz que quedará en escena hasta el final de la obra)** Permita que la palabra de Dios ingrese en todo lugar donde su espada se clave. **(Dos hombres toman a Rosario de las axilas y la ubican como para sacrificarla dejando su nuca al aire. El asesor eleva la espada y luego la hace bajar lentamente como para clavarla en el cuello de Rosario.)** Deje que como un bálsamo llegue para purificar y cicatrizar las almas.

Todos comienzan a marcar el paso cada vez con mayor fuerza. Se convierte en un ruido ensordecedor. Cuando llega el sonido a su máxima intensidad todos desaparecen de escena rápidamente. Queda Rosario sola. Luego de un grito ahogado. Se recompone

Rosario: Las machis a los sueños los llaman pewmas. Hay que contarlos apenas nos despertemos porque sino un espíritu se los lleva hasta el cielo. A los pewmas malos hay que gritarlos a los cuatro vientos para que no se cumplan. La noche anterior a parir al Morales el General se me metió en el sueño. **(Se incorpora)**. Al despertar quise gritar: ¡El General tiene sed de sangre! No pude. El Morales pujaba por nacer. Será por eso que el carro vuelve y vuelve en cuanto cierro los ojos, asolándolo todo. **(Va hacia el fondo de escena)**

Ingresan por izquierda Namuncurá y el General Roca. El Cacique se quita el poncho que lo cubre. Queda con el torso desnudo. Roca le ayuda a colocarse una chaqueta de general. Roca lo saluda cuadrándose y sale. Namuncurá queda en escena mirándose en un imaginario espejo como le queda su uniforme.

Rosario: En realidad, de tanto soñarlo no sé si se me confunde la historia con el sueño, o si la historia es un pewma malo que se me ha hecho carne.

Por derecha ingresan los padres Julián y Pablo. Julián trae ropa en sus manos.

Padre Pablo: Lamento ser pesimista. Creo que todo esto es una locura.

Padre Julián : Es una orden de los superiores. **(Despliega sobre el piso la ropa que acaba de quitarle al nuevo alumno. Queda marcada de esta forma la silueta del niño)**

Padre Pablo: Llevar a uno de esos indios a nuestro colegio... mezclarlo con nuestros alumnos....

Padre Julián : Si se logra formar a uno de esos infieles bajo los preceptos de la iglesia luego él mismo transmitirá la palabra de Dios a sus hermanos. Además este niño no es un salvaje cualquiera. Que su padre haya autorizado a que lo llevemos nos abre las puertas para llegar a todos los demás.

Padre Pablo: Pero ¿por qué lo eligió a él?. Había otros que me parecían más convenientes.

Padre Julián: Los caminos de Dios son insondables. Él se expresa algunas veces de modo incomprensible. ¿Porqué él y no otro? Una luz en la mirada. No sé. Algo me hizo elegirlo entre todos.

Rosario se acerca y trata suavemente de tocar la ropa de su hijo

Padre Pablo: Su mirada no es plácida. El gesto adusto de sus cejas . Hay algo torvo en sus ojos oscuros. Una violencia incontenible a flor de piel. El mayor de los hermanos tenía una mansedumbre más aconsejable.

Padre Julián: (Mientras enrolla meticulosamente la vestimenta del niño)
Domesticar un cordero es sencillo, pero jamás tendrá el mismo mérito. El buen Dios pide mucho más de nosotros. Un cachorro de tigre sofrenado por la palabra de Dios es una proeza digna de las circunstancias. Ese ser oscuro de piel y alma, una vez convertido en mensajero de la palabra del Señor, atraerá con su fuerza al resto de la manada. Ese río caudaloso traerá toda su agua para nuestro molino.

Padre Pablo: No quiero contradecirlo pero... ya tiene 11 años, casi no habla.
No sabe leer ni escribir. Prepárese para aceptar el fracaso.

Padre Julián: **(Que ha terminado de enrollar la ropa)** Yo mismo lo bauticé. Yo tengo fe en este niño.

Padre Pablo: ¿Qué son esos gritos?. No debimos dejarlo sólo en el baño.
Quién sabe lo que habrá hecho.

Salen los sacerdotes. Rosario camina hacia donde se fueron. Namuncurá sigue probando su uniforme. Ambos hablan sin mirarse el uno al otro.

Namuncurá: Me queda largo de brazos. Arreglame esto, mujer. Lindo el paño. ¿Y los botones? Brillan. Son de plata.

Rosario: El Morales... el hijo estaba triste. Cuando el cura ese le echó el ojo bajó los suyos y se quedó paralizado como un venado que escucha atento de dónde vendrá el zarpazo.

Namuncurá: De piernas está bien. Un poco caluroso para el verano. No me trajeron las botas. Me prometieron que mañana o a más tardar pasado...**(Mirando a su mujer)** ¿Te gusta Rosarito cómo me queda?

Rosario: **(Registrando finalmente a Namuncurá)** ¿Lo dejarán venir a visitarnos?

Namuncurá: No es una cárcel. Es un colegio. Espero que no se demoren mucho con las botas. Un general sin botas...

Rosario: Nadie quiso salir a despedirlo. Todos piensan que no debió dejar que se lo lleven. Tienen miedo. Mientras el carro se alejaba él miraba

para atrás. Yo lo vi. Estaba asustado. ¿Está seguro que esto traerá algo bueno? Él es uno de los nuestros, ¿qué puede hacer entre tanto cura?.

Namuncurá: Sabés muy bien que no había otro camino. En la derrota si no se hacen concesiones se pierde todo. ¿No ves que estoy viejo?. Casi no puedo moverme. Mierda, alguna vez ellos tendrán que pagar tanta humillación. El hijo es noble y leal. Tiene fuerza. Quizá aprenda las trampas del zorro en su propia madriguera. Nos tienen arrinconados... Ayúdame a sentarme. **(Rosario lo ayuda y se sienta junto a él)** Se me duermen las piernas. Siento como si miles de hormigas me anduvieran por las piernas.

Rosario: ¿Lo dejarán venir?

Namuncurá: Y si no lo dejan, nosotros iremos a verlo. ¿Quién puede negarle la entrada a un general de la nación? (Comienza a escucharse suavemente un coro de jóvenes que canta un himno religioso) ¿Porqué se habrán olvidado las botas? ¡Carajo! Está tan lindo el traje...

Rosario abraza por la espalda a Namuncurá y se queda como meciéndolo. El telón de fondo se eleva y el coro de jóvenes se hace visible. Ahora se escucha en toda su dimensión sus voces. Hay algo de fantasmal en cada uno de ellos. Una intensa palidez que se contrapone con la frescura de sus voces. Ancianos con cuerpos de niños. Entran entusiasmados el Padre Julián y el Padre Pablo cuando termina el fragmento musical.

Padre Julián: ¡Qué voces! ¡Ángeles de Dios!. Hay una fuerza en cada uno...

Gracias Señor por alumbrar allí donde todo es oscuridad, por salvar del pecado a estas almas sin paz. ¡El niño Gardes tiene una voz maravillosa! Él merecería hacer el solo del Ave Maria en la misa de domingo si no fuera por su dudoso origen. Hijo del pecado.

Padre Pablo: Lo mejor será hacerlo a dos voces: Carlos Gardes y el joven Paiva. **(Busca a un niño de la fila y lo hace arrodillar. Lo peina con pasión)** No debemos avivar la vanidad en su corazón. Tiene que aprender humildad...

Padre Julián: (Entonando e invitando a que el coro repita lo que el dice)
¡Humildad!

Coro: ¡Humildad!

Padre Pablo: Humildad y trabajo. No estamos para fomentar “facilidades”.
Hay que moldear su espíritu. Sólo el rigor...

Padre Julián: ¡Rigor!

Coro: ¡Rigor!

Padre Pablo: Solo el rigor logrará sus frutos. **(Coloca al niño en la fila)**¿Dónde está Ceferino?

Padre Julián: Despertó con fiebre esta mañana. Un día de reposo le hará bien. El domingo lo ubicaremos a Ceferino en el medio exacto de la fila. **(Separa la fila de alumnos y deja un lugar vacío en el centro)**
Un carboncito entre tanta blancura. Hay que hacer algo con su

cabello como crin de potro. Encárguese usted mismo de peinarlo. Que quede lisito. Prolijo. Un toque pintoresco y tierno entre tanta blancura. **(Dirigiéndose a los alumnos) ¡Alinearse! ¡Descanso! (Los jóvenes doblan su cintura y caen como marionetas a las que se les hubieran cortado los hilos. Quedan solo tres jóvenes erguidos. Los sacerdotes salen.)**

Los tres adolescentes avanzan lentamente desde el fondo de escena , paso a paso y a un mismo tiempo, como autómatas con la mirada fija en el horizonte. Rosario continúa meciendo a Namuncurá en un costado del escenario.

El gringo: Al protegido del padre Julián lo dejaron que se quedara en el dormitorio.

El gordo: Parece que está enfermo. Yo quisiera enfermarme alguna vez. Nunca me toca dormir hasta tarde.

El pecoso: No se porqué lo cuidan tanto.

El gringo: Hijo del rey de la araucania, ese indio sucio.

El gordo: Se lava todo los días. El desgraciado no le tiene miedo al agua fría. Hasta con escarcha se lava.

El pecoso : La mugre le brota de adentro. Huele a caballo.

El gordo: No debe ser para tanto.

El gringo: A orín de burro huele. Yo me negué a que durmiera en la cama de al lado. Lo pusieron en un cuarto aislado. A la mañana siguiente lo encontraron durmiendo como un perro debajo de la cama.

El gordo: No sé para que lo trajeron. Nadie le habla. Apenas balbucea el castellano.

El pecoso: Los mapuches son una plaga que nos vino de Chile.

El gringo: Ellos no los quisieron, ¿porqué los vamos a querer nosotros?.

El gordo: La madre es una cautiva que se robaron de una estancia de la frontera.

El pecoso: El ejercito humilló a esas bestias. Derrotados. Ellos y sus dioses fueron derrotados. Ahora vienen a cobijarse bajo las polleras de los curas.

El gringo: Creen en el río, en los pájaros, en el sol. Hasta a la luna le rezan. No sé quien me dijo que hacen sacrificios humanos...

El gordo: ¿Alguien tiene una galleta para darme?. El domingo no tuve visitas.

El gringo: Quedate con las ganas. (**dirigiéndose al Pecoso**) ¿Quién lo va a visitar a éste?

El pecoso: La semana pasada vino la madre.

El gringo: Quizá no vino porque prefirió pasar el domingo en un lugar mejor. Al que nunca ví es a tu viejo. ¿Tenés padre, vos?

El pecoso: No lo jodás con eso.

El gordo: Yo por lo menos soy criollo y no un gringo de mierda como vos.

El pecoso: Esperen. (**Los muchachos que estaban inclinados se incorporan y miran al frente**) Ahí está el protegido del cura. (**Los tres jóvenes y el resto dirigen su mirada hacia el lugar a donde están Namuncurá y Rosario.**)

El gringo: ¿No estaba enfermo?

El gordo: Se quedó durmiendo y ahora viene al recreo.

El pecoso: Sentado en el piso como una bestia.

El gringo: Hay que darle una buena tunda a éste para que aprenda.

El pecoso: El cura no mira.

El gordo: No le dejen marcas.

Los tres se dirigen hacia Namuncurá. Lo separan de los brazos de Rosario, quien no presenta resistencia pero lanza un grito. Lo agarran violentamente y lo arrastran en diagonal por el escenario hasta el fondo en el lado contrario. La fila del coro sale corriendo en dirección contraria a la que llevan al cacique. Namuncurá queda tirado en el piso mientras los chicos desaparecen del escenario. Rosario se incorpora y lo mira a la distancia sin atreverse a acercarse.

Namuncurá: (Dudando) Un error. Un problema de papeleo. **(Crítico)** Vos sabés viejo que no se trata de eso. ¡Una agachada! **(Duda)** No

puede tratarse de eso. **(Indignado)** Soy Namuncurá, hijo del gran Calfucurá, cacique general de las pampas. ¡Qué mierda! ¡¿Cómo van a atreverse?!. **(Convenciéndose)** El mismo general Roca, cuando me conoció, me llamó tigre de la pampa. Me dió su palabra. Él tiene que cumplir su palabra. Un error, tiene que ser un error. Ahora es presidente de la Nación. Tiene todo el poder... como podría... **(Se golpea la cabeza)** Viejo tonto. Te engañaron. Te sacaron el pedazo de tierra prometido. Te quitaron lo poco que te dieron. Roca prometió colonizar las tierras que él llamaba desiertas trayendo gente del otro lado del mar. Mintió. Nadie recibió nada. Toda la tierra mapuche se la repartieron como botín entre él y sus oficiales. Y ahora el miserable trozo de tierra que se dignaron darnos, se evaporó. Todo lo que dan los winkas se evapora. Como los cigarros. Se hace humo. **(Dudando)** No puede ser. Tiene que ser un error. Estás pensando mal viejo. Sos desconfiado. Los chilenos me ofrecieron armas para enfrentar a las tropas de Roca cuando aún no estábamos derrotados. Yo me negué. Les dije a los chilenos: “ Soy argentino y jamás permitiré que los extranjeros nos invadan”. Roca se quedó boquiabierto cuando se lo conté. ¡Cómo me va a hacer esto a mí! A un argentino. **(Cae sin fuerzas)** Es un error, seguro que es un problema de papeleo. **(Rosario se acerca a ayudarlo. Se detiene unos pasos antes y lo mira)** ¿Qué me mirás? No me mirés así. Andate. Perra. Vos me has traído mala suerte. Teniendo tantas mujeres quise tenerte a vos también. No me mirés. Andate. Voy a negociar con ellos. Ellos me han criticado siempre por vivir como los animales. Los generales tienen una vida ordenada. Tienen una sola esposa. Si quieren

hembras las tienen afuera y a escondidas. A Roca le gustará este gesto. Ya te dije que no me mirés. (**Sale huyendo de la mirada de Rosario**)

Rosario: Nada logró detener lo irremediable, ni su casamiento legal con Ignacia Rañil en 1900. Todo se hizo humo. Todo, menos la sangre... La sangre es un caudal oscuro y turbulento. (**Los curas cruzan el escenario lentamente uno detrás de otro**) Se parece a este río. Hay momentos en que se congela y paraliza, mientras en otros fluye manso. Pero cuando se desborda, cuando se escapa de sí mismo, nadie puede contenerlo.

Los sacerdotes mientras hablan realizan el ritual de las estaciones del Via Crucis a lo largo del perímetro del escenario. Terminando bajo la cruz. Rosario los sigue con la mirada desde el centro de escena. Algunas veces anticipa o repite los textos que dicen los sacerdotes.

Padre Julián: Una mancha de sangre en la almohada. La ví con estos ojos.
Sangre fresca.

Padre Pablo: Hay que tener cuidado. No hay que olvidarse de su origen.

Padre Julián: Pobrecito.

Rosario: Pobrecito

Padre Julián: Cuando llegó estaba sano y fuerte. Tenía la fuerza de diez caballos. Se ha ido apagando de a poco. Tan buenito.

Padre Pablo: No se por que le ha tomado tanto afecto. Yo sigo desconfiando.

Padre Julián: Se la pasa rezando. Tiene una memoria prodigiosa. Casi sabe de memoria el Antiguo Testamento. Cuando queda sin aire por el espasmo se aferra a una medalla de la Santísima Virgen que le regalé. Es un ángel.

Padre Pablo: No existen ángeles indios.

Rosario: ¿No existen ángeles indios?

Padre Pablo: Si Dios los hubiese querido se habría tomado tiempo para crearlos. Hace ya cinco años que está con nosotros y sin embargo, aún en algunos momentos, le descubro esa mirada torva.

Padre Julián: Él cumple con todos los preceptos. Dios lo ama por eso.

Padre Pablo: Si Dios lo amase tanto no lo habría enfermado. El señor purifica su rebaño. Ya se lo dije muchas veces. No se mezcla el agua y el aceite. Sería mejor que lo enviáramos con los suyos.

Padre Julián: (No puede continuar con el ritual absorto por los dichos del otro cura) ¿Los suyos? Caen como moscas bajo la garra de los ganaderos. Han contratado a hombres para que los cacen, a tiros de winchester, como animales. O los envenenan con estricnina para quedarse con sus tierras. Llegan a pagar una libra esterlina por par de orejas de indio. Cuando descubrieron que desorejados seguían vivos cambiaron el trato. Una libra por par de testículos.

Padre Pablo: La violencia de esos salvajes engendró esta violencia. Ahora soportan la ira de Dios.

Rosario: ¡La de los hombres dirá!

Padre Julián: La de los hombres dirá.

Padre Pablo: Son cristianos que luchan contra infieles. Si el chico padece lo que supongo, hay que tomar precauciones. Es muy contagioso. Habrá que quemar las sabanas. Es necesario llevarlo a un médico, urgente. **(Sale el Padre Pablo. El Padre Julián se queda pensativo)**

Rosario se cubre la cabeza con un trapo negro. Camina unos pasos hacia delante y mira absorta hacia el horizonte. El Padre Julián luego se le acerca

Rosario: Sólo es un punto en la distancia. Un punto pequeñito. Cualquiera diría que esto es mar y no río. El Morales, nieto de Calfulcurá “cacique general de las pampas”, hijo de Namuncurá que encolumnó a miles de hombres, ahora es sólo un puntito, una hormiguita en un mar color de león.

Padre Julián: Vamos.

Rosario: Déjeme quedar un poco más hasta que el barco se pierda en el horizonte. ¿Dónde me dijo que lo llevan?

Padre Julián: A Roma. Yo mismo organicé su viaje. Allí están los mejores médicos. Ellos curarán su cuerpo. Además también lo recibirá el Santo Padre. ¿Quién puede hacer algo mejor por él?. Lo salvarán.

Rosario: Quien sabe... quien sabe. No siempre lo mejor es lo más bueno. Y salvarse muchas veces es el mejor camino para perderse definitivamente. Ya casi no se ve. ¿O son mis ojos?

Padre Julián: Ya no se ve. Vaya tranquila. Yo viajaré muy pronto para acompañarlo en su recuperación. ¿Quiere que le diga algo de su parte?

Rosario: No pude hablarle al Morales. Pero al menos lo ví sobre cubierta. Tan pálido. Tiene hambre de sol. Me costó reconocerlo.

Padre Julián: Preferí que nada lo alterase. Está muy delicado. Vamos.

Rosario: Vaya, vaya usted. Me pareció ver un punto. Un puntito pequeño. Cualquiera diría que es el mar. Un río color de león... Ahí, estoy segura. Todavía se ve... un puntito. **(Se arrodilla)**

El Padre Julián camina hacia el fondo del escenario. Le sale a su encuentro el Padre Pablo que viene acompañado por un monaguillo, quien durante esta escena lo viste de obispo.

Padre Pablo: Por fin ha llegado. ¿Ya vio al niño?

Padre Julián: Fue lo primero que hice al poner un pie en tierra.

Padre Pablo: No dejaba de preguntar por usted.

Padre Julián: Lo vi muy débil. En estos meses se ha desmejorado mucho.

Padre Pablo: Hoy además no tiene un buen día. Si lo hubiera visto la semana pasada... estaría orgulloso de él. Fuimos invitados por la Reina y la

Princesa de Saboya. La cara que tenía el pobrecito cuando se arrodilló a saludarlas. Respetó el protocolo como un experto. El revuelo que se crea en cada una de sus presentaciones... Los europeos están sedientos de experiencias nuevas. Todos quieren conocer al hijo del Rey de la Araucania. Así lo llaman. Suponen encontrar a un indio con plumas y a caballo y se maravillan con nuestro fragil lirio. Su Santidad el Papa quedó perplejo al ver su bella caligrafía.

Padre Julián: ¿Los médicos dicen algo nuevo sobre su salud?

Padre Pablo: Hacen lo que pueden. Las crisis se repiten cada vez con más frecuencia. Se recupera un poco y luego...

Padre Julián: Hay algo en él que parece ya muerto. Una parte de él se resiste a seguir.

Padre Pablo: Hubiera llegado a ser un buen sacerdote. Debo reconocer que he estado equivocado. Hemos logrado arrancar de él todas las sombras.

Padre Julián: Cuando entré recién en su cuarto y lo ví, sentí miedo. Un profundo temor. Me pregunto si todo esto no ha sido un enorme error. Quizá nunca debimos separarlo de los suyos.

Padre Pablo: ¿Ahora dice eso?. Parece que nunca podemos coincidir en nuestras opiniones. Su Santidad y toda Europa se han rendido ante esta maravillosa obra de nuestro amor. Disfrutemos de este triunfo de nuestra orden religiosa.

Padre Julián: Lo siento. No puedo dejar de sentir miedo de la ira divina. Quizá hemos pecado de soberbia al tratar de rescatar una oveja perdida y no hemos pensado en las consecuencias para él.

Padre Pablo: Él es una prueba viviente de la conversión por amor.

Padre Julián: (Se arrodilla) Si fuera así como usted dice; ¿por qué se está muriendo? ¿Por qué?

Padre Pablo: Usted tiene la respuesta. Me la dijo el día que lo llevamos al colegio. ¿Recuerda? “Los caminos del Señor son insondables”.

Sale el Padre Pablo junto al monaguillo.

Rosario: Yo lo ví al Morales en sueños. Quietito con los brazos en cruz. Pálido. Casi blanco a costa de tanto cirio y tanto claustro. “Murió en Roma el 11 de mayo de 1905 a la edad de 18 años”, me dijeron. Yo lo ví en sueños. Quietito con los brazos en cruz sobre el pecho. Lo enterraron del otro lado del mar, también dijeron. Yo agarré un atado de ropa y abandoné a mi gente. Le di la espalda a la tierra y vine aquí. **(Se sienta)** Loca, me dijeron, pero yo me senté a esperar que volviera. Sola frente a un río color de león. Un río que se lo llevó. Muchos barcos llegaron. Ninguno con mi Morales. Una mañana de 1924 en que el río se parecía más que nunca al mar ví un punto en la distancia. Un puntito que se aproximaba. **(Se pone de pie)**

Se escucha el murmullo de gente que en un principio parlotea y luego reza. Desde la platea avanza un cortejo fúnebre que canta y reza. Cuatro hombres llevan el ataúd cubierto con una bandera argentina. Todos

suben a escena y se dirigen de proscenio a fondo del escenario. Se mueven con lentitud de sueño. Quedan en el fondo caminando sin avanzar hasta el final de la obra. Rosario queda del lado derecho del escenario. Del lado contrario el Padre Julián extiende sobre proscenio la ropita infantil de Morales. Luego se arrodilla.

Rosario: Traían un cuerpo. Un tal Ceferino. Lo trajeron de Roma y lo enterraron en el Fortín Mercedes, símbolo de la lucha del hombre blanco contra el indio, como muestra de paz, dijeron. El Morales no estaba. El heredero del linaje Curá ya no regresaría nunca, insistieron. Jamás les creí. Yo seguí esperando. La verdad no siempre se ve a simple vista. Es un bicho extraño la verdad. Los cazadores pueden atraparla, amordazarla, hasta destruirla pueden, pero un día cualquiera aparece en el lugar menos esperado. No regresará... porque nunca se ha ido. ¡Qué bruta que sos vieja!. Nunca se ha ido, es eso. Quizá ha estado todo este tiempo a unos pasos míos y no lo he visto. Ese Morales sabía esconderse cuando era necesario. Yo le enseñé. Era como un zorro de astuto. Como el día del cura. Quizá está escondido desde entonces. **(Mira hacia los cuatro costados. Descubre algo fuera de escena.)** ¡Detrás de ese árbol! Estoy segura. Te vi. ¡Te ví Morales! ¡Te ví! **(Mira al cortejo que aun no ha desaparecido)** Shhhhhhh... ¡Cuidado!. Todavía están esos ahí. Despacio. Tranquilo... falta poco. Ya se van. Ya se llevan la muerte. Tranquilo... Ya se van... Ya se van... **(Comienza a escucharse cada vez más fuerte la música mapuche del comienzo. Rosario lentamente eleva sus manos como pájaros)**

Telón